

LUIS PIO HERRERA

UN APÓSTOL

DATOS BIOGRÁFICOS

DE

DIÓGENES A. ARRIETA

SANTA CRUZ DE TENERIFE  
IMPRESA ISLEÑA DE HIJOS DE FRANCISCO C. HERNANDEZ  
REGENTE: MANUEL F. GARCÍA

Calle del Castillo, núm. 56

1897



FCA

A-497

# UN APÓSTOL

~~~~~  
DATOS BIOGRÁFICOS

DE

## DIÓGENES A. ARRIETA

FOR

LUIS PIO HERRERA



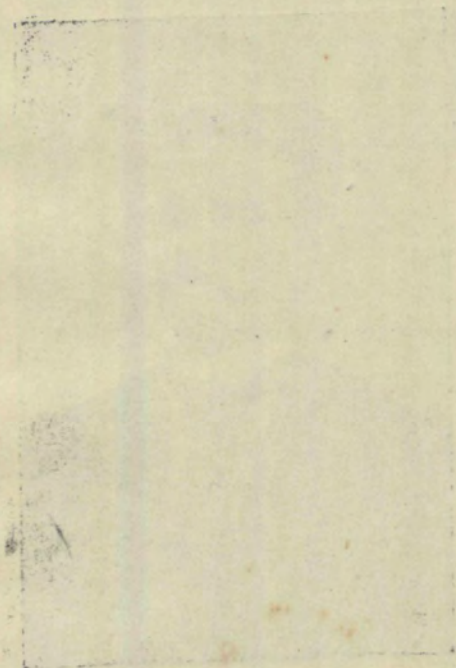
SANTA CRUZ DE TENERIFE  
IMPRESA ISLEÑA DE HIJOS DE FRANCISCO C. HERNANDEZ  
REGENTE: MANUEL F. GARCÍA

Calle del Castillo, núm. 56

—  
1897

6604536489

Es propiedad de su autor.



Faint, illegible text or markings at the bottom of the page, possibly a signature or a date.





Luis Pio Herrera

Hrdos. Bethencourt Alfonso

Traslada en Depósito su fondo

Bibliográfico, a la Btca. General

de la Universidad de La Laguna

1985 - N.º 274

*A la juventud radical  
Ibero-Americana.*

EL AUTOR.

*A mi respetable  
Amigo Don Juan  
Bethencourt en  
testimonio de amis-  
tad y afecto aprecio  
1899 el autor*









.....

Es un alma de artista que parece venir huérfana y atónita del pié de la tribuna de Demóstenes ó del lecho de muerte de Sócrates: es un Platon ateo.

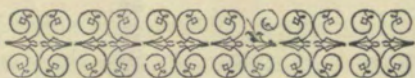
Arrieta no ora ni duda. De pié en la cima niega. Es el alma nacional independizada ya. El esplendor de Damasco iluminó su cerebro y no cegó sus ojos. El apóstol está en pié. La nueva y grandiosa escuela poética principia en él. Como un inmenso arco-iris, se apoya en las dos generaciones liberales; la que declina, cargada de tristezas y de gloria, y la que asoma, coronada de sueños y de esperanzas.

*Adios* discípulo, le dicen los que bajan.

*Salud maestro*, le dicen los que suben.

J. M. VARGAS VILA.





## DIÓGENES A. ARRIETA

---

**C**UANDO cae herido de muerte uno de los que combaten á nuestro lado, al horror natural que produce la pérdida de la vida se une la tristeza del vacío que queda en las filas y la rabia que produce la horrible satisfacción del adversario.

Al desaparecer de la escena de la vida uno de esos hombres que, según la frase de Victor Hugo, dominan las olas de la muchedumbre, como los faros dominan las



olas del mar, no lloramos sólo al amigo que sucumbe, sino al apóstol que enmudece, al jefe que nos ha dejado sin guía, al profeta que nos enseñaba el porvenir, al hombre superior que nos elevaba por encima de las diarias miserias para llevarnos de la mano al supremo combate á que todos debemos ir hoy más que nunca: á la gran batalla del progreso.

Muere Diógenes A. Arrieta como han muerto todos los redentores: víctima de las multitudes redimidas, perseguido por déspotas implacables, alejado de la tierra en que nació y sintiendo sobre su tumba, á manera de aullidos de chacal, los anatemas de la tradición, que es una bestia monstruosa porque es una bestia primitiva.

Faltaríamos á la verdadera comunión de los santos, á la comunión de ideas y de afectos, de ritos y de cultos de todos los hombres de buena voluntad si de estas

riberas del Atlántico no lanzásemos un grito de dolor que vaya á repercutir á las playas del nuevo mundo, donde nació y vivió Arrieta, mundo nuevo que devolvió á estas viejas tierras de aquende el Océano, el dón precioso de la libertad, envuelto en la sangre del martirio, á cambio de la embrionaria civilización que llevamos allá hace cuatro centurias.

El recuerdo de Diógenes A. Arrieta evocado en medio de las caducas sociedades europeas es algo así como el hálito del espíritu de Washington que llegó á Europa en los pliegues de las banderas victoriosas de Lafayette; es algo así como el genio de Bolívar y de San Martín que á través de los mares se imponía á sus propios enemigos y proclamaba en las Cabezas de San Juan la libertad de España, como había proclamado en las cumbres de los Andes la libertad de América redimida.

No es pues la semblanza de Diógenes A. Arrieta un escrito que tenga sólo interés en Colombia, cuna del grande hombre ó en Venezuela tumba piadosa de sus últimos restos.

Ni la patria del Libertador, ni el desventurado país que riega el Magdalena y que al convertirse de Colonia de Nueva Granada en República de Colombia parece no haber hecho sino cambiar de tiranos y mudar una teocracia y unas leyes españolas de Indias por una Constitución hierática de Venecia con plomos y cárceles, con destierros é inquisiciones, régimen absoluto que ha venido á impedir la marcha progresiva de aquel pueblo, desde los aciagos días en que la traición de gobernante perjuro mató en él todas las conquistas del partido liberal. No; no se dirigen las palabras que dedicamos á la memoria del eximio luchador, á condenar el despotismo que

desgraciadamente reina en la patria del grande hombre y contra el cual parece protestar la misma tierra con sus volcánicas sacudidas y el alto Tequendama con el ronco grito de sus rompientes; nó, no se encaminan estas frases á ensalzar á la libre Venezuela que conserva puras y sin mancha las santas tradiciones que legó á su pueblo, como inmortal Decálogo, el Washington de la América latina; conviene también que aquí en nuestra querida España tan combatida por los mismos enemigos que amargarán la vida de Arrieta, entonemos una elegía en honor del gran apóstol de la libertad, elegía que no ha de ser cobarde y llorosa como la de los hebreos sobre los ríos de Babilonia, sino viril y enérgica como la de Quintana ante los destrozados barcos de Trafalgar ó como la de López García ante los mutilados cuerpos de los mártires del Dos de Mayo.

Así sentía el dolor Arrieta y así  
queremos sentirlo nosotros. Decía  
el gran orador y trascendental poe-  
ta ante la tumba de su hijo:

Me duele el corazón, pero me río!  
A nadie de mi pecho le confío  
los vanos regocijos ni el dolor.  
Vengo más bien por aumentar aís penas  
á traer inmortales y azucenas  
á tu sepulcro, prenda de mi amor...

.....  
Aquí te llamo y nadie me responde:  
sorda y cruel, la tierra que te esconde  
ni el eco de mi voz devolverá.  
Así la eternidad, sombría y muda,  
el odio ni el amor, la fé y la duda  
en sus abismos nada alcanzará

.....  
Pues bien, nosotros no vamos á  
consagrarnos á estériles lamenta-  
ciones que el ilustre muerto, si le  
fuere dado alzar la cabeza, sería el  
primero en condenar; vamos úni-  
camente,

á traer inmortales y azucenas  
sobre la losa de un sepulcro, para  
que, quien como nosotros guste de  
caminar por la senda de los mo-



dernos progresos, se detenga ante aquellos restos inmortales, como el marino ante el faro que señala su derrotero ó el viandante ante el jalón que marca su camino.

Tributamos un homenaje á la humanidad; no adulamos á un muerto: tanto más, cuanto que, como Arrieta, estamos convencidos de que

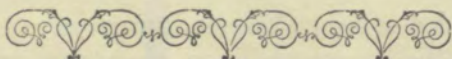
«Aquel que dijo á Lázaro: ¡levanta!  
no ha vuelto en los sepulcros á llamar.»





# EL POLÍTICO





## EL POLÍTICO

---

**L**AS luchas por el Gobierno tienen en América más parecido con los grandiosos combates de los partidos durante los días tumultuosos de la Revolución francesa, que con los convencionalismos y las intrigas del parlamentarismo que impera en Europa. Salvo raras excepciones, el imperio del nepotismo, las intrigas de salón, las cortesanas del viejo continente, no sirven en América de peldaños para subir á las alturas del poder.



Así como en Grecia la carrera política comenzaba en el *Ágora*, y así como en Roma tenía por pedestal la columna de los *Rostros*; así en el nuevo mundo comienza la vida pública en la universidad, en la prensa y en la tribuna.

No puede ser de otra manera: las Repúblicas americanas no conocen los poderes moderadores, tal como en Europa existen, y que si bien son garantía de orden y dan estabilidad á las naciones, impiden la formación de partidos bien definidos, perturban y vician las luchas de esos partidos con las intrusiones, las más de las veces intempestivas, de la regia prerrogativa que suele anteponer los hombres á las ideas, y que sacrifica á conveniencias dinásticas ó personales caprichos los más altos intereses de los credos políticos y religiosos. Impera en Europa el azar en las grandes cuestiones nacionales; y suele acontecer que las

veleidades de una dama ó de un adolescente tuercen los destinos de un Estado á despecho de los clamores de la opinión, del voto de los hombres pensadores y de la voluntad de las muchedumbres. Por eso no existen en el viejo continente partidos bien definidos: todos son secuaces de la inmoral teoría del *justo-medio*, todos son igualmente conservadores y tradicionalistas y á la par escépticos y débiles. De aquí el rebajamiento moral, la preferencia que se da al bien personal sobre el bien público, y la decrepitud de los Estados europeos.

En América los pueblos jóvenes que constituyen hoy lo más selecto de nuestra raza latina, combaten para organizarse con el ardoroso entusiasmo de las democracias griegas, no sin caer á veces bajo modernos Pericles y Piscistratos, y aun otras bajo Hierones Polícrates, Cresos, Hipios é Hiparcos.

En el grandioso teatro de estas luchas de las democracias americanas y precisamente en los dos más poderosos estados que Bolívar libertara, es donde aparece y se mueve la gigantesca figura de Diógenes A. Arrieta. Entró Arrieta en la vida pública como entran en nuestro siglo todos los jóvenes sinceros, honrados y entusiastas, con el himno de la Marsellesa en los labios y el Decálogo revolucionario impreso en el corazón. Fué discípulo de Rojas Garrido, aquel Sócrates colombiano que, después de haber emancipado la conciencia patria, bajó á la tumba dejando como fruto de su árdua labor científica á Arrieta que le sucedió en la cátedra y en la tribuna, á Fidel Cano y César Conto, á los Uribes y Galofres á Herrera y Obando, Gaitán Obeso, los Lleras, y Benail, los Flores, Amador y tantos otros guardianes de la obra inmaculada del maestro, que brillaron en el

Estado de Colombia hasta que para escapar del patíbulo tomaron el camino del destierro apenas asaltaron el poder las hordas jesuíticas y cayó sobre la república

«la sombra enervadora del papado.»

Aventajó tanto Arrieta á su maestro, que Vargas Vila presenta al privilegiado discípulo colocado en lo alto de un íris luminoso que se apoya, como en brillantes estribos, por un lado en la generación á que perteneció Rojas Garrido y por otro en la juventud revolucionaria educada por el ejemplo y la palabra del propio Arrieta.

Merece este insigne hombre público, indudablemente, esa apoteosis de luz, creada por la fecunda imaginación de Vargas Vila. Así radiante y majestuoso se presentó Arrieta por vez primera ante el pueblo de Colombia, al pie de la estatua de Bolívar y en frente de un vetusto templo católico. Allí, siendo todavía estudiante, pronun-

ció el ilustre repúblico su primera oración tribunicia, acogida por la ciega multitud con rumores de protesta que supo dominar Arrieta á la manera que el orador de las Filípicas dominaba el estruendo de las olas.

Desde entonces la democracia y la república tuvieron en Arrieta un soldado, la libertad del pensamiento un apóstol, y la intransigencia católica y el despotismo clerical, un brioso y convencido adversario. Con todas armas combatió por la causa del progreso y de la independencia religiosa, moral y política de las repúblicas de Colombia y Venezuela. En el aula, en la tribuna, en el periódico, en el libro, hasta en el campo mismo de batalla luchó Arrieta por la causa de sus convicciones, ya desde la cátedra de Filosofía en la Universidad Nacional, ya explicando Historia en el Colegio del Rosario, plantel insigne de la juventud ra-



dical de Colombia, ya peleando denodadamente en los gloriosos campos de Garrapata, donde había de nacer el árbol de las libertades colombianas, regado con sangre de mártires y que dió como fruto aquella constitución calificada por Victor Hugo de «la gran presea del siglo XIX.»

Distínguense principalmente las sociedades americanas de las europeas por el carácter práctico de los pueblos del nuevo continente á diferencia del genio especulativo del viejo mundo, en el cual parece haber cristalizado el espíritu de los códigos religiosos, imposibilitando á las naciones europeas para las grandes conquistas ya morales, ya materiales del progreso, que tiene que remover los obstáculos que ponen á su paso las preocupaciones, los apriorismos y los dogmas religiosos y metafísicos imperantes en las antiguas naciones, por la teocracia que do-



minó durante los diez tenebrosos siglos de la Edad Media.

Pero en América «teatro nuevo que Dios destina al drama del futuro,» en vez de servir la política á la metafísica, es por el contrario la filosofía, como la oratoria y como la poesía, servidora del ideal político. Así debe forzosamente suceder porque los problemas del gobierno no son realmente más que la aplicación práctica, en cada caso, de las ideas generales que cada pueblo tiene acerca del mundo y de la vida. Encarna el político su ideal en las leyes y en las constituciones, ni más ni menos que como el escultor hace plástica la idea en el mármol ó en el bronce. Así como los artistas persas y caldeos tallaban con su cincel en endrías, driagos y dragones, así Licurgo modeló con sus códigos un pueblo de feroces soldados y convirtió una república en un campamento. Y de la misma

manera que Phidias cincelara las rientes y graciosas Venus, Solón con sus leyes creó en las plácidas llanuras del Ática un pueblo de artistas, de oradores y poetas.

Son, pues, las artes políticas como fruto, como producto útil de toda la labor de las ciencias filosóficas, morales y sociales. De aquí que el americano antes que filósofo, ante que jurista, economista ó poeta, sea siempre político y subordine á un programa práctico, todos los ideales que en Europa andan vagando como fantasmas por las áulas, los ateneos y los hemicielos de los parlamentos, sin tener otra manifestación vital que la oratoria gárrula y bizantina de los explotadores de la cosa pública.

Arrieta ha sido ante todo un patriota y un político, y á sus ideas de gobierno está supeditada toda la labor fecundísima que realizó en los distintos órdenes de la actividad. Enemigo del catolicismo,

atacó la *comunidad* dominante desde el aula de Filosofía, hiriendo al dogma en lo más trascendental, en la concepción del origen y destino del hombre y de la vida. Mientras en el año de 1872, (1) los profesores revolucionarios españoles esterilizaban la propaganda filosófica de las nuevas ideas, perdiéndose en las tenebrosidades del racionalismo armónico, Diógenes A. Arrieta cierra el año escolar en el colegio de San Bartolomé defendiendo con elocuencia el panteísmo materialista, al que después de penosa evolución que duró casi un cuarto de siglo, vinieron á parar los libre-pensadores de nuestra España.

Son notables los párrafos finales de aquel discurso en que resume Arrieta toda la historia de la filosofía.

« Reasumamos, pues, —decía. —

---

(1) Tenía entonces 24 años de edad.

1.º Los números de Pitágoras, el idealismo descabellado de Parménides, los eternos tipos de Platón, los sueños de los realistas y las cavilaciones teológicas de algún Santo Padre, son hoy míseros despojos arrojados por el oleaje de las ideas á las playas del olvido. O, más bien, señores, son trofeos históricos que han venido señalando en los pasados siglos las grandes batallas y las grandes victorias del pensamiento.

2.º El germen, la idea primera de la filosofía experimental nace con los jónicos, hace veinte y cinco siglos; crece con los atomísticos; cruza el piélago de las disputas sofisticas y aparece en Aristóteles; presta su ley fundamental, la sensación, á estóicos y epicúreos; parece que muere en la escuela Alejandrina, pero no muere, pues esta escuela, en parte obedece á su influencia; parece que resucita al tercer siglo é impulsa á la esco

lástica en su primera edad; tiñe las ideas de los comentadores árabes en la segunda, y aparece en la tercera, en el siglo décimocuarto, con Occani; en el décimo quinto, con Vanini y Scaligero; en el décimosexto, con Telesio y Campanella; en el décimo séptimo, con Bacón y Descartes; en el décimo-octavo, en el espíritu de la Revolución; en el décimonono, en las instituciones y leyes de los pueblos libres, en la esperanza y el ánimo de los pueblos siervos, en el sentimiento universal de la humanidad!... Señores; ¿dónde hay vallas para este torrente?

3.º La razón, como hemos visto, pobre al principio, *sin ideas innatas ni conocimientos revelados*, comienza por interrogarse acerca de su origen, de su naturaleza y de su misión en el mundo; y contrariada, perseguida, maldecida y calumniada, pero continuando siempre su obra en la persecución



y en las hogueras, en las prisiones y en el destierro, ha llegado á reinar en el mundo, consagrando su definitiva victoria»..... (1)

El criterio positivista que resplandece en este discurso, lo aplicó Arrieta del mismo modo que á la Historia de la filosofía á toda la Historia Universal en sus distintas ramas. Considerando el desenvolvimiento de la vida de la humanidad como un término, el superior y hasta ahora el último de la evolución de los seres, las enseñanzas de la Historia confirman en un todo las teorías del positivismo triunfante en las escuelas, mostrando cómo las leyes de la selección, la lucha por la existencia, el triunfo de los mejores, la adaptación al medio y gimnástica funcional, transforman las instituciones, las leyes y las creencias. Magnífico ejemplo de esta manera de

---

(1) Arrieta.—Discursos.—T. I, pág. 34 y 35.



considerar la historia nos da Arrieta en los trabajos titulados *Dos Páginas de Historia y Cristianismo y Catolicismo*, en los que con robusta dialéctica, gran copia de datos y espíritu sincero é independiente, muestra cómo las doctrinas del cristianismo han sido perturbadas, adulteradas, contradecidas y aun negadas por la Iglesia Católica. Estos trabajos históricos de Arrieta pertenecen á una fecundísima escuela de polémica religiosa, representada entre los católicos por la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, de Bossuet y *El catolicismo comparado con el protestantismo* de Jaime Balmes. Sólo el talento é ingenial inventiva de estos dos autores ha podido convertir la historia en arma de propaganda católica.

Lo que la historia enseña y lo que Arrieta demuestra, es que, las religiones positivas, nacen, crecen

se prostituyen, envejecen, y mueren. El Catolicismo ha hecho su evolución como el paganismo, como el mahometismo, como el budahismo y como todas las sectas derivadas de la doctrina del Calvario, desde los Ascarianos hasta Zeilís, desde la de Hippona hasta la de los Selencos y Voecios; el formidable poder de los jesuitas sucumbirá como sucumbió el poder, más terrible aun de los Templarios; el *papa negro* desaparecerá como desapareció en la hoguera de París el gran maestro de los Templarios; y el Pontificado de los Pedros y Gregorios se hundirá para siempre como se hundió el Pontificado de los Césares y los Augustos.

Así considera la Historia Diógenes Arrieta que consagra su trabajo *Cristianismo y Catolicismo*, á demostrar la profunda verdad que encierran las siguientes palabras de Guzmán Blanco: «el clero

ha mutilado y bastardeado el Evangelio.»

Demuestra que el clero ha matado la libertad de examen proclamada por San Juan en el versículo 39 del Evangelio, recomendado por el apóstol de las gentes en su epístola á los romanos y sostenida por San Lucas, según se ve en el *versículo 2.º capítulo XVII de los hechos de los apóstoles*; y con sagaz análisis explica cómo el catolicismo ha falsificado los mandamientos del *Decálogo*, suprimiendo el segundo y dividiendo en dos el décimo, para justificar el culto de los Santos, fetichismo con el que aumenta prodigiosamente los recursos monetarios de sus sacerdotes. Siguiendo las sofisticaciones del clero, muestra Arrieta cómo se ha introducido el celibato eclesiástico que pugna con el evangelio, con la moral y con la naturaleza. Habla de otras innovaciones inmorales como la

introducción de las «dispensas para contraer matrimonio,» atropellando los grados de consanguinidad; demuestra como la misa es una ceremonia recordatoria y de ninguna manera un sacrificio expiatorio; cita la contradicción entre la doctrina evangélica de la gracia y la interpretación *tridentina* de la justificación de las obras, doctrina que tiene por fundamento la profunda observación de Pablo Luis Courier: «El pueblo reza y paga.» Tal es la Historia bajo la pluma de Diógenes Arrieta: no puede decirse que los profundos trabajos del gran político y publicista sean plagios de Lutero, Calvino, Erasmo, Suinglio, Hütten y Kuox; porque Arrieta esplana su doctrina, nó con relación al estado de la Iglesia después de los concilios de Basilea y Constanza que era la Iglesia que combatian los corifeos protestantes, sino con referencia al concilio de Trento al

cual ataca Arrieta con preferencia «porque él es la asamblea constituyente del catolicismo en su última edad.» (1) No puede tampoco decirse que Arrieta copia á los enciclopedistas franceses del siglo XVIII: Voltaire, Rousseau, Diderot y D'Alambert son más especulativos; y de ellos pudiera decirse que su ateísmo es una teología del revés. La obra de Renan es mera exégesis de los libros sagrados del cristianismo; Guizot es un apolo-gista del protestantismo; Dráper ataca con preferencia al Concilio Vaticano y mancha su crítica con el insoportable orgullo germánico que se manifiesta en desatentado desprecio á todo cuanto emane del genio latino; pero Arrieta, más semejante á nuestro gran historiógrafo Miguel Moráyta, da á su crítica un carácter original que no puede confundirse

---

(1) ARRIETA.—Hojas sueltas.—94.



con ningún otro; hace palpar en sus escritos el genio de nuestra raza y, como buen americano, dirige sus miras á cuestiones puramente prácticas como el celibato, el matrimonio, las dispensas y el culto de los santos; dirigiendo todos sus tiros á probar la tésis ya citada de Guzmán Blanco: «El clero ha mutilado y bastardeado el Evangelio». Así los trabajos históricos de Arrieta tienen un fin eminentemente político: ayudar al jefe de la República en la obra de secularización de Venezuela y realizar aquella profunda máxima de Gambeta: «No es el cristianismo lo que hay que combatir, es el clericalismo.»

Como ejemplo de trabajos de historia política puede citarse la biografía de Guzmán Blanco escrita por Arrieta. A pesar de que el biógrafo admiraba cordialmente y seguía con sinceridad al biografiado, y á pesar de hallarse éste en



el apogeo de su poder, no vacila Arrieta en decirle que el pueblo venezolano conoce los defectos de carácter de Guzmán y sus naturales errores como gobernante. (1)

Pero donde brilla con todo su esplendor la grandeza del ilustre pensador es en la viril y elocuentísima *Réplica al ciudadano Becerra* cuando ambos se sentaban en el Senado de Colombia.

Empezaba á vislumbrarse ya en lontananza la horrible silueta del jesuitismo, poderosa fuerza en que se apoyaría no muy tarde el Dr. Rafael Núñez para violar la República, rompiendo el cánón liberal, y para entregarse en brazos del partido conservador, que trabajaba sin descanso en pos del imperio teocrático, y el que se prestaba á todas las maquinaciones de aquel presidente traidor, que después de haber pulsado la lira re-

---

(1) ARRIETA, «Hojas sueltas» Pág. 75.

volucionaria, la arrojó á las plantas de los enemigos de Colombia, doblando la rodilla para recibir como premio á su traición las bendiciones pontificias. Trataba el senador Becerra de que la cámara dictase una ley prohibiendo los textos liberales en las Universidades del Estado, y después de un caluroso debate que llegó á tener «el carácter y proporciones de un verdadero juicio político» se levantó Arrieta «erguido sobre el pedestal de su ardoroso entusiasmo» y pone en parangón los errores del catolisismo con las verdades de la ciencia moderna y exclama:

«Vamos á una cátedra de *Antropología*, servida por dos profesores, uno *católico*, y otro que seguiré llamando *liberal*, en atención á que se sirve del criterio condenado por el catolicismo.

El profesor *católico* dará principio á sus lecciones, ó las resumirá todas, con estas palabras de La-

martine: *El hombre es un ángel caído.*

El profesor *liberal* comenzará entonces sus explicaciones ó las resumirá todas con estas palabras de Pelletan: *El hombre es un animal humanizado.*

Entremos en las aulas de *Economía política.*

El profesor *liberal* dirá á sus discípulos: *El trabajo es una hermosa ley de la vida.* Y agregará estas palabras de Bentham: *el pan más sabroso es el pan de la industria;* es decir: del trabajo.

El profesor *católico* dirá entonces: *El trabajo es una maldición del Génesis.* Y agregará estas palabras que, según Moisés, dijo Dios á Adán en son de anatema, después de la consumación del pecado: *Comerás el pan con el sudor de tu frente.*

El profesor *liberal* replicará con la economía política de los sabios: *El trabajo es fuente de riqueza y*

*bienestar para el hombre y para las naciones; trabajad.*

El profesor católico contrareplicará con la economía política del Evangelio: *No andéis afanados por vuestra vida pensando que habéis de comer y que habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, que habéis de vestir; ni andéis cuidadosos por el día de mañana: vuestro Padre que está en los Cielos sabe que tenéis necesidad de estas cosas. Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.*

*Las aves del Cielo no siembran ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. Los lirios del campo no hilan ni tejen, y Salomón con toda su magnificencia no estuvo vestido como uno de ellos.*

Y nos será indiferente, señor senador Becerra, aceptar una ú otra de estas dos doctrinas?

Seguramente nó, si recordamos que la una nos llevaría al comu-

nismo de los primitivos cristianos, á la ociosidad mística de los conventos, y á la holgazaneria de aquellas aristocracias que miraban el trabajo como deshonor y al trabajador como predestinado á la humillación y á la servidumbre.

De la aplicación de la otra doctrina nacen: la ocupación productiva, que educa y moraliza; la riqueza, que da pan al desgraciado; y ciencia al ignorante, y dignidad al caído, y fuerza al débil: que da á las naciones telégrafos, caminos, escuelas, ferrocarriles, armas, poder, fuerza, magnificencia y esplendor, y que, abre, en fin, al ciudadano como á los pueblos, el camino de las distinciones políticas y sociales.

Vamos á una cátedra de *Moral*.

El profesor *católico* explicará, por ejemplo, este punto á sus discípulos: *No matarás*.

Muy bien: la inviolabilidad de la vida es la más grande, la más



fecunda entre las conquistas de la civilización. Pero si un discípulo pregunta por qué es malo dar muerte á un semejante, qué contestará la ciencia católica?

Sus doctores dirán: *Porque está prohibido por el Decálogo.*

El profesor *liberal* dirá entonces con Bentham: *matar es malo porque produce más males que bienes.* Y como ese resultado es siempre el mismo en todos los tiempos y lugares, el hecho de matar es siempre malo, cualesquiera que sean las ideas, costumbres, preceptos y prohibiciones religiosas y sociales.

Y de ese modo, señores Senadores, el profesor *liberal* dá, conforme á la ciencia, los fundamentos de la Moral, y señala los caracteres de la Moral universal, en tanto que el profesor católico pone las fuentes, la autoridad y las sanciones de la ciencia en los dogmas de una religión y en las decisiones



de una iglesia; es decir: en *mandamientos de hombres*, para valer nos de la palabra del Apóstol.

.....

¿Cuál de esas doctrinas es la que el señor Senador escogería para educar á las generaciones que mañana deben servir á la Patria defendiendo las libertades públicas?

La una forma conciencias para la iglesia y la otra caracteres para la lucha por la independencia del hombre. La una educa sacerdotes y la otra ciudadanos. ¿Cuál de las dos escogería el señor Senador BECERRA para formar los tribunos, los guerreros, los magistrados y los institutores del liberalismo?

.....

Vamos, pues, á una cátedra de ciencias políticas, de *ciencia constitucional*.

Las primeras cuestiones que se nos presentan son estas:

*¿Cuál es el origen del poder en las sociedades políticas?*

*¿Quién debe gobernar á la sociedad? ¿el pueblo puede y debe gobernarse á sí mismo?*

El profesor *liberal* dirá; el origen del poder público es la soberanía del pueblo, como la autonomía de la razón humana es el origen del dogma democrático. Por tanto, y para valernos de la frase de Rousseau, es el pueblo quien debe gobernarse á sí mismo.

De aquí se desprende: que sólo el poder que nace de la voluntad del pueblo es legítimo; y que poder que usurpa la soberanía popular es tiranía.

El profesor *católico* responderá con San Pablo: *Todo poder viene de Dios.*

Y con Juan Denoso Cortés: *El dogma de la soberanía del pueblo es un dogma tiránico y ateo.*

En consecuencia: si el poder viene de Dios y no del pueblo, el

clero, representante de la voluntad de Dios sobre la tierra, es el único que tiene el derecho de gobernar, una vez que Dios no puede dirigir directamente, por sí mismo, el gobierno de cada sociedad. Cuando el clero gobierna, de Dios recibe el poder, y á nombre de Dios lo ejerce. Aquel que de manos del clero lo recibe, ese es legítimo depositario; aquel que contra la voluntad del clero lo ejerce, ese es usurpador y tirano.»

.....

En estos párrafos elocuentísimos se muestra claramente cómo Arrieta no era un demagogo vulgar sino un amante del progreso; pero respetuoso al mismo tiempo con la tradición cuando la tradición es respetable. A este propósito é impungnando á los que pretenden buscar en los recuerdos del pasado una justificación á las tinieblas del presente, exclamaba:

«Me habéis dicho que esas creencias han echado raíces en el alma, pues que en ella las siembra el amor materno con las oraciones que recita sobre la cuna, con las prácticas piadosas con que nutre el corazón en las tranquilas horas de la infancia como en los inquietos y turbulentos días de la juventud. Que esas ideas son la atmósfera en que habéis respirado, pues que están en las costumbres del hogar; en la veneración á los antepasados que las acariciaron en la vida y las invocaron en la muerte; en las memorias del pasado como en las esperanzas para el porvenir; en las ideas y sentimientos de la familia, que las trasmite á los hijos como un legado inviolable; en fin, que están en las enseñanzas domésticas de todo género, que son para el niño como el mapa de la vida. Me habeis dicho que esas ideas han crecido con vosotros y os han dado una ley para

vuestro pensamiento, un oráculo para vuestra conciencia y una norma para vuestras acciones.

Así es la verdad, y yo no lo negaré. Pero no me negaréis tampoco que esos mismos lazos queridos ligaban al pagano con los ídolos; y vosotros consideráis, según lo habéis afirmado, á la filosofía griega y al cristianismo como de las evoluciones más benéficas de la vida y más luminosas de la historia, sin embargo de que el cristianismo y la filosofía griega arrancaron de la conciencia pagana aquellas creencias, y rompieron aquellos lazos queridos, y dieron muerte á los ídolos, y diseminaron sus huesos por el mundo.»

Pero Arrieta que demostraba de tan enérgica manera las tradiciones atávicas, dobla la rodilla ante las tradiciones de la libertad y del progreso, y entona un verdadero himno á la constitución de



los Estados-Unidos de Norte América. He aquí sus palabras:

«Expedía la Constitución americana por los fundadores de la Independencia, explicada por los publicistas y practicada por el pueblo, ella ha sido el manual en que las generaciones de un siglo han estudiado el derecho democrático y las garantías de la libertad. ¿Quién no la conoce? En verdad merece un Centenario espléndidamente solemne.

¿Y es perfecta esa Constitución? ¿No tendrá algo que favorezca el desarrollo de los instintos y de los intereses contrarios á la civilización? Seguramente que sí: es obra humana. La ciencia, que ha descubierto y estudiado las manchas en la faz resplandeciente del sol, irá descubriendo, estudiando, y corrigiendo también los defectos de que adolezca esta sabia Constitución. Entretanto, y no obstante ellos, esa Carta explica el progre-

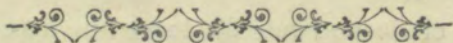
so extraordinario de un pueblo que ha alcanzado á ser la personificación más grande y más admirable de su raza.»

Arrieta no fué pues, un demoleedor sistemático; fué hombre de orden y de gobierno como lo demuestra los importantes servicios que prestó á la causa de la Libertad, la hidalguía conque combatía á sus adversarios, la honradez con que sembraba sus ideas en la conciencia pública y la energía y razonamiento que empleaba siempre en la propaganda de sus principios políticos y filosóficos. (1)

---

(1) Véase el Apéndice.





## EL ORADOR

---

**B**IÓGENES A. Arrieta no era un retórico: era un orador. La retórica es un ejercicio estéril, una manifestación enferma de degeneración y decrepitud. La retórica es falsa, artificiosa y convencional. La oratoria es natural, sincera é inspirada. Después del apólogo de Menemio Agripa y de las arengas tribunicias de los Gracos, vienen las grandes conquistas de la democracia romana. Después de los floridos discursos de Cicerón aparece

el despotismo de los triunviros, las monstruosidades de los emperadores, los discursos de Nerón redactados cobardemente por Séneca y la apología del patricidio que Caracalla intenta en el Senado. Lo mismo sucede en Grecia: Solón se finge loco y conduce con inspirada palabra al pueblo ateniense desde el Ágora á la conquista de Salamina; pero Demóstenes con su retórica tan trabajosamente adquirida, sólo lleva á los pueblos, bajo la espada de Filipo, el despotismo de Alejandro y la dominación de Selencidas.

Mientras los últimos declamadores greco-latinos ejercitaban su pedantesca charla en los viejos liceos de Roma y Alejandría, surge en el Oriente la luz redentora de la verdadera elocuencia; y las palabras de Cristo y las predicaciones de los apóstoles, fundan una sociedad nueva sobre los destruidos escombros del mundo an-

tiguo; entonces es cuando San Ambrosio, invocando la libertad del pensamiento, que después debían de pisotear los que se llamaban discípulos de los apóstoles, contesta los viejos sofismas de Símaco en el senado romano y derriba con dialéctica, tan poderosa como espontánea, la más alta de las estatuas del Paganismo.

Todo esto se explica: la retórica es la petrificación de la palabra, como el dogma es la estratificación del pensamiento. La retórica es el escudo, la oratoria es la lanza. El retórico es un muro, el orador un ariete. Cuando la doctrina de Cristo dejó de ser una revolución para convertirse en un código teocrático, desaparecen los apóstoles, los catequistas y los apologistas, para brillar únicamente el verbo del bien y la belleza en los labios de los filósofos de la Edad Media, llamados herejes por la intolerancia de Roma. Lle-



ga un momento en que los pensadores germanos, helvéticos, báta-gos y escoceses hacen sentir el grito de la *Razón humana* y vuelve á resplandecer la verdadera elocuencia en la voz de los propagandistas del protestantismo. Pero también aquella revolución sostiene, como si fuera ley de todo lo existente, que á la vida suceda la muerte y que los frutos del pensamiento se convierten en materia inerte á semejanza de todo lo orgánico. Bajo las bóvedas de las catedrales y bajo los artonados de los palacios, no fulguró su rayo la elocuencia; y la palabra humana, vergonzosa y enmascarada, vuelve á convertirse en juego de retóricos, obispos y abates, embajadores y cancilleres. Lanza su primer vajido la revolución francesa en los jardines del Palacio Real de París por boca de Camilo Desmoulins, y surge la pléyade esplendorosa de oradores

de la Asamblea Constituyente. Llegan aquellos momentos sublimes en que una sola frase movía á multitudes inmensas, porque el lenguaje de la verdad es la mejor de las literaturas. Basta á Mirabeau señalar con su índice el balcón, desde donde Carlos IX disparó su arcabús dando la señal de la *San Bartolomé*, para que la asamblea decreta la libertad de cultos; y Franklin no necesita sobre su tumba más oración fúnebre, que aquel elocuente epitafio: «arrebató el rayo al cielo y el ceptro á los tiranos.»

Allí, en aquellas sublimes inspiraciones de los revolucionarios, aprendió el héroe del siglo su elocuencia dominadora. Un día mostró á los ejércitos de la República las pirámides egipcias y dijo á las legiones: «soldados; veinte siglos os contemplan;» y aquella frase subyugó la región del Nilo. Otro día señaló al sol que acababa de

aparecer tras oscuras nubes y dijo á sus franceses: «hijos míos, veis el sol de Austerlitz?»; y aquellas palabras dieron por resultado la humillación de los déspotas de Europa.

Esta es la oratoria, esta es la elocuencia que brota de los versículos del Evangelio, de los escritos de los Heresiarcas, de los diálogos de Sócrates, de las frases de los tribunos de los pueblos. El que haya de juzgar á Diógenes A. Arrieta como orador no puede, ni debe someter su criterio á las instituciones de Quintiliano, á la retórica de Aristóteles ó á los preceptos de Boyle de Luzán ó de Alberto Vida. Diógenes A. Arrieta es un tribuno, es un apóstol, es un propagandista; y no se puede sujetar su genio á los estrechos moldes de una preceptiva mesquina; del mismo modo que no puede sujetarse á formas geométricas, la variedad de contornos, la ri-

queza de dibujos, la armonía misteriosa, y siempre distinta que da á los organismos la próbida naturaleza.

Todos los ramos de la elocuencia fueron cultivados por el ilustre hijo de Colombia: la oratoria religiosa, la parlamentaria, la académica, la forense y la tribunicia; y aun en el momento de la batalla de «Garrapata» tuvo frases de verdadera oratoria militar. Al hablar de Arrieta como político hemos trascribió algunos fragmentos de sus brillantes oraciones. Quizás á muchos estrañe que digamos de Arrieta, libre-pensador convencido, que fué orador religioso; pero hay que tener presente que, como escribía Schopenhauer: «si la religión es la metafísica de las muchedumbres, la metafísica es la religión de los sabios». Y así como Jesús ó Sócrate; debían aparecer como ímpios ante los paganos, así los pensadores verdadera-

mente religiosos de nuestros tiempos han de aparecer como impíos ante los partidarios del vencido dogma.

¿Quién podrá negar que los discursos «Acercas de la cuestión religiosa»; «Acercas de la adopción de un principio para fundar la ciencia de la moral»; «La peregrinación á la tumba de Rojas Garrido» y tantos otros, tienen el carácter de la oratoria sagrada, por dilucidarse en ellos cuestiones verdaderamente divinas en el más amplio sentido de la frase?

Las relaciones del hombre con cada uno de sus semejantes y con la sociedad en general, el nexso que une á nuestra especie con el universo mundo, el cosmo en sí y en las conexiones que sus partes guardan unas con otras, todas estas cuestiones son verdaderamente religiosas y corresponden perfectamente al punto y cruz en que se reúnen todas las con-



cepciones teológicas, la unidad de lo visible y lo invisible, el principio que sustenta el salvaje que adora el astro que fecunda los campos y que es el principio mismo que arroba á los místicos en la contemplación de un sér superior extramundano que vive fuera de las órbitas de los astros, que no está sujeto al tiempo ni al espacio, límite de la vida, y que no tiene existencia fuera de la generosa imaginación de los que lo idearon.

De estos monumentos de oratoria, que no vacilamos en llamar sagrada, hemos transcrito lo bastante—dado los límites de nuestro trabajo—en la semblanza de Arrieta como político. Consideramos estos preciosos trabajos, como fundamento de la personalidad del insigne repúblico en cuanto á orador; y hemos dicho que, los partidos en América, se semejan más á las agrupaciones de los hombres de la revolución francesa que

á los mezquinos bandos del actual parlamentarismo europeo. De aquí, que el tribuno americano con ideas bien definidas, con un *credo* claro y consiso, funde el cimiento de la propaganda en ideas religiosas, ó, si se quiere, metafísicas, bien definidas y alta y sinceramente declaradas.

Los discursos políticos de Arrieta son una aplicación de las ideas tan terminantemente por él expuestas en sus profundísimos trabajos. Los párrafos que hemos transcrito de la réplica al Sr. Dr. Don Ricardo Becerra, no dejarán duda ninguna de cómo el insigne muerto llenaba á la tribuna, y de la tribuna al gobierno, y del gobierno á la aplicación práctica en la vida, los ideas universales que formaban su *credo* religioso.

Del mismo modo que encarnaba—por decirlo así—las ideas de la democracia, las tres santas palabras del pueblo de París: LIBER-

TAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD en las leyes fundamentales del estado, de la misma manera como eminente jurisconsulto aplicaba estos principios universales en el Foro y hablaba al Jurado, nó como abogado vulgar que se mueve dentro de los estrechos límites del derecho constituido, sino como pensador eminente, que protesta contra las intituciones vigentes y pretende que salga del Foro (verdadera clínica del derecho) los principios constituyentes de una ley nueva.

Así, encomendádale la defensa de un reo, la termina ante el jurado con estas elocuentísimas palabras:

«¿Cual es el remedio de este profundo malestar social? Debo repetir, y repetiré que no es castigar al inocente ni extremar en el culpado los rigores de la justicia.»

.....

«Es preciso poner mucha luz en los entendimientos y mucha

concordia en los corazones: difundir mucho la instrucción, y enseñar mucho, con la palabra y con el ejemplo, la fraternidad humana. Canalizar, digamos así, los cauces de nuestra vida moral, tan llenos de rocas y malezas. Demostrar á todas horas, en todas partes, con el entusiasmo de las grandes convicciones y la persistencia de las grandes necesidades, que la educación, la benevolencia y la fraternidad trazan al hombre una órbita de acción y de vida dentro de la cual pueden coexistir y manifestarse, por la tolerancia recíproca, todos los intereses rivales y todas las ambiciones antagónicas, y todos los partidos contendores. (*Entusiasta y general aprobación*).

La aprobación de los que me escuchan ratifica mis afirmaciones, que no son otra cosa sino ecos de la aspiración general.

Y es grato pensar que hemos

de ver realizado este ideal. Los espíritus serios han meditado ya profundamente en estos graves problemas, y han dado el primer impulso á un movimiento de reacción saludable que se manifiesta diariamente con más fuerza en la conciencia nacional.

Señores: trabajemos por este ideal y esperemos confiados, que el progreso marcha siempre, aunque alguna vez parezca detenerse ó retroceder.»

Sí en el Foro propagaba sus ideas de una manera tan viril, no se mostraba en la cátedra ménos enérgico y convencido; y hablando de filosofía presenta preciosas páginas de su Historia en estas concisas y ricas palabras:

«La cimitarra de los turcos rompe los muros de Constantinopla, y el platonismo, allí encerrado, se derrama por el mundo. Y va á Florencia con Phlethón; á París, con La Ramée; á Alemania, con Glo-



cenio; á Roma y á Ferrara, con Patrizzi; y con Giordano Bruno, que es como el San Pablo de la idea platónica en este tiempo, recorre la humanidad. Va á la Suiza, y habla con los hijos de Guillermo Tell; á la nación que ha predicado al mundo las revoluciones modernas, y habla con los progenitores de Voltaire; con los abuelos de Kant, en la pensadora Alemania; con las razas anglo-sajonas, en el Norte, con las razas pelásjicas, en el Mediodía; y aquí, al llegar á Italia, cae el Apóstol: Roma atiza sus hogueras y lo quema, y la intolerancia religiosa lanza á los vientos sus cenizas.

Entre tanto, la idea peripatética toma casi el mismo camino con Pomponaco y Sepúlveda, con Zarabella y Vanini. Aquí, señores, encontramos con dos hombres que son como los últimos representantantes del pensamiento de este tiempo: Telesio padre de la

idea revolucionaria francesa, y Campanella, aquel religioso sublime que quería ser simoníaco con tal que el precio de su simonía fuera la libertad de su patria.

Pues bien: Telesio desde el destierro, y Campanella desde el fondo de un oscuro calabozo, armándose con una doctrina sensacionista más avanzada que la de sus predecesores, entregan á Bacon y á Descartes el sagrado depósito de la razón humana, que la Historia les ha confiado... Aquí, pues; del siglo décimoquinto al siglo décimosexto; en los tiempos en que el privilegio feudal se derrumbaba, en que el Renacimiento alboorea; «en que en la mente de un alemán nace la idea de la imprenta y en la mente de otro alemán nace la idea luterana; en que Colón tiende la vista á la inmensidad de los mares y Copérnico la levanta á la inmensidad de los cielos,» aquí muere la filosofía escolástica!....

Hombres que hacéis traición á la causa de los pueblos conde- nando el crecimiento intelectual del hombre, llorad al recordar este tiempo; que el hombre ha cre- cido tanto intelectualmente, que ya no cabe en los límites estrechos del escolasticismo ni bajo la tute- la religiosa de los siglos médios!»

De este modo en el aula, en el Foro, en la tribuna, se manifesta- ba por igual aquel orador elocuen- tísimo que, comenzó su carrera como todos los apóstoles; en la plaza pública. Tuvo también oca- sión de presentarse como orador militar, cuando él y sus compañe- ros radicales de Colombia aban- donaron la cátedra y aulas uni- versitarias para ir á defender en Garrapata, al par que sus convic- ciones, las conquistas del partido liberal. En aquel glorioso campo dirigió Arrieta á uno de sus jefes estas elocuentes y entusiastas pa- labras:

«Estamos á una cuadra de la colina, y los fuegos enemigos se cruzan en tres distintas direcciones en este llano; creo que no debemos avanzar simplemente, sino avanzar á paso de vencedores, ó no quedará un soldado dentro de media hora. El modo más eficaz para estimular al batallón sería que viesé su bandera clavada ahora mismo en la altura, y yo le suplico me permita hacer de abanderado por estos momentos».

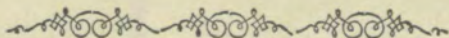
El resultado fue favorable para la causa del derecho, cuyos soldados llevados por el entusiasmo de aquella arenga, avanzaron «á paso de vencedores» hasta coronar la colina.

El orador, el soldado y el hombre están juzgados.









## EL POETA (1)

---

**S**ERÍA una vulgaridad que recordásemos aquí, que el pueblo latino llamaba á los poetas *vates*, esto es, adivinos, y los helenos decían *poietas*, que significa creador. En opinión de aquellos sabios pueblos, el cultivador del excelso arte de la poesía no debía ser como la mujer de Lot, una estatua miran-

---

(1) Las poesías de Diógenes A. Arrieta figuran á la cabeza de la primorosa antología titulada «Parnaso Colombiano». A pesar de esto, el atildado Don Juan Valera que hizo un numeroso análisis de aquel florilegio, no se digna nombrar siquiera á nuestro poeta. Estamos seguros que esta preterición no obedece á que el Sr. Valera

do hacia atrás, sino un heraldo de lo futuro, un cantor de lo venidero, un guía de la caravana humana

---

considere medianos los versos de Arrieta, porque, á vuelta de varios eufemismos del surtido repertorio del Sr. Valera, lo hubiera dicho; tanto más, cuanto que el docto crítico no considera la medianía en literatura como un defecto, según declara en la página 168 de «Cartas Americanas.» Dice así:

«De modo que sufrimos la medianía en la cocinera (y ojalá que la mía fuese siquiera mediana), en la planchadora, en la que borda, en la que canta, y sólo para versos es menester que los haga una mujer mejor que Safo, ó que no los haga. Yo declaro esto absurdo. Yo declaro que sufro mejor, no ya un mediano soneto, sino una oda mala, que una camisa mal planchada, que un caldo mal hecho.....»

Sin duda en los días que el Sr. Valera estudiaba el «Parnaso Colombiano» ocurrió algún desaguisado en la plancha ó en la cocina que motivó la omisión de Arrieta y la de los nombres de buen número de poetas radicales de Colombia; pues no es de creer que el Sr. Valera (quien además de crítico es diplomático, y gusta de la paz y concordia de todos los partidos) obrase por pasión política, como el secretario perpetuo é infalible de la Academia Venezolana de la lengua, correspondiente de la Real Española, quien á semejanza de otros colegas ultramontanos, envió al señor Menendez Pelayo para la antología de la Real Academia las obras de sus correligionarios y *congénieris* á riesgo de que quedase (como quedó) incompleta y casi inservible,—tanto por lo inferior de la calidad

en la áspera senda del progreso. Y sin embargo los pueblos europeos que retrocedieron muchas veces en su marcha hacia la luz y hacia la perfección, al par que resucitaban en sus códigos el caduco despotismo de los Césares, inspiraban las artes en arcaicas imitaciones de mitologías muertas, de poemas vetustos y estatuas desenterradas.

No así América: el poema de Longfellow titulado *Exelcior* es como símbolo de toda la poesía americana: los vates del nuevo mundo van gritando como el viajero de la leyenda ¡más arriba! ¡más arriba! Sin duda en tierra americana, en la hermosa isla de Santo Domingo aprendió nuestro gran poeta Gonzalo de Castro á sentir este anhelo del futuro, que inspira

---

como por lo escaso del número de composiciones—la colección que, con plausible amor á las letras americanas, intentó publicar la Academia Española.

el magnífico final de su Oda «Al  
Siglo XIX.»

.....

¿Adónde nuestros pasos dirigimos?  
¿A qué ignoto paraje llegaremos?  
No sé; pero ascendemos.  
¿No hay más luz? ¿más espacio? Pues subimos.  
Subimos, sí; sin dilación ni excusa  
El pensamiento hacia la altura vuela:  
Lo inmenso del paisaje lo revela,  
*Lo cercano del cielo nos lo acusa.*  
Lo dice nuestro aliento entrecortado:  
Subimos en galope arrebatado...  
¡Solamente en las cúspides remotas  
Sopla siempre este viento huracanado  
Con que la sien y el alma nos azota!  
Lo grita, lo asegura  
Esa misma negrura  
Del cielo, antes azul y sonriente;  
Y este extraño temblor que el alma siente  
Es el escalofrío de la altura!  
Subimos, sí; ya tiñe nuestra frente  
Esa primera luz, trémula y pura,  
Que esparce el alba en el confuso Oriente.  
Y ya el tenue fulgor callado aumenta,  
¡Y á sus vagos reflejos,  
Borrosa aún, en los rosados lejos  
La infinita Verdad se trasparenta!  
Toda la poesía de Olegario An-  
drade no es más que un inmenso

himno al porvenir; Ortiz es un caso raro de atavismo, tiene la obsesión de España y no es propiamente un vate, es un trovador, es un Felibién de los Andes, vive inspirado continuamente del pasado, marcha como el ciego de Chios recordando viejas historias y busca como lenitivo de las penas, la tradición de la desamparada metrópoli.

«En esos años de la ausencia fiera,  
 El recuerdo de España  
 Seguíamos doquiera.  
 Todo nos es común: su Dios, el nuestro;  
 La sangre que circula por sus venas  
 Y el hermoso lenguaje;  
 Sus artes, nuestras artes; la armonía  
 De sus cantos, la nuestra; sus reveses,  
 Nuestros también, y nuestras  
 Las glorias de Bailén y de Pavía.»

.....

Cosa extraordinaria, hasta en las gracias y la juventud de la mujer, en la atracción que inspiran sus encantos y que es, en frase de un filósofo «el llamamiento de la



nueva generación que pugna por nacer,» veía Ortiz el recuerdo del pasado.

.....

En el porte elegante,  
 En el puro perfil de su semblante,  
 En su mirada ardiente y en el dejo  
 Meloso de la voz, eran retrato  
 De sus nobles abuelas;  
 Copia feliz de gracia soberana,  
 En que agradablemente se veía  
 El decoro y nobleza Castellana  
 Y el donaire y la sal de Andalucía.

Ortiz es caso único. Núñez que manchó su lira de poeta con el lodo de la apostasía, cantó también en la primera y gloriosa etapa de su vida el triunfo de las nuevas ideas, el anhelo infinito del progreso; pero los preciosos versos que escribiera en su juventud el que fué dictador en su país, no pueden ser citados, sin cometer un sacrilegio, en este homenaje á la memoria de Arrieta, por que fué Núñez el perseguidor más empedernido que haya tenido jamás el liberalismo.

en Colombia y quien, á semejanza del hijo de Agripina, se convirtió en verdugo de los Lucanos y los Sénecas, con quienes había disputado antes el laurel de Olimpia. Con excepción hecha de Ortiz que era misoneísta de nacimiento y de Núñez, apostata y tirano, la poesía americana es inspirada toda por el Faro de la Libertad que se levanta en la rada de New-York «iluminando al mundo». Pérez Bonalde encuentra el vértigo del progreso en las crugentes espumas de la Catarata del Niágara y hace resonar su lira con los estruendos del formidable torrente, y vierte en cada estrofa los ecos de la catarata mezclados con el tormentoso paso de las edades en busca del ideal humano.

.....

¿Adónde va el mortal cuando la frente  
Triunfadora del vicio,  
Yergue, al bajar á la mundana escoria  
En pos de amor y venturanza y gloria?  
¿Adónde van, adónde,

Su fervoroso anhelo,  
 Tu trueno que retumba?.....»  
 Y el eco me responde,  
 Ronco y pausado: *tumba!*

.....  
 Cuando la muerte, al fin, todo lo arrase,  
 Sobre el océano que la vida esconde,  
 Dime qué queda; dí, qué sobrenada?...  
 Y el eco me responde.  
 Triste y doliente: *nada!*

.....  
 .....Dime ¿algún día,  
 Sabrá el hombre infelice dó se esconde  
 El secreto del sér?... ¿Lo sabrá nunca?...  
 Y el eco me responde,  
 Vago y perdido: *nunca!*

Arciniegas arrebatada un momento el cetro al rey de la lírica francesa y dirigiéndose á los poetas de la nueva generación exclama:

.....  
 La augusta voz de redención se escucha,  
 y la razón alumbra el limbo oscuro  
 en donde esclava la conciencia lucha.  
 Adelante! el combate ha comenzado:  
 Entonemos el himno del Futuro  
 de pié sobre las ruinas del Pasado.

Contesta al llamamiento de Arciniegas, Pedro Fortoult Hurtado

entonando el REQUIESCANT sobre  
el cadáver de la suportición ro-  
mana.

«Débil, enferma, la cabeza inclina  
Moribunda mujer; y á paso incierto  
Entre sombras y lágrimas camina.

. . . . .  
Temblad, tiranos...! La asquerosa arpía  
Que ayer os protegió ya se desploma,  
La aurora despertó de nuevo día  
Y al Sol de la Verdad perece Roma!

Sobre aquel cadáver enterrado  
por Fortoult Hurtado entona Ro-  
manace el epinicio de la edad pre-  
sente y anuncia la radiante aurora  
de los futuros tiempos.

Que la Salem que libertarse debe  
es la conciencia augusta y soberana  
y son la luz y la razón humana  
los cruzados del siglo diez y nueve!

Y así, siempre guiados por el  
mismo sublime ideal, asisten á la  
lucha los poetas de la nueva ge-  
neración, sin que los arredre en  
su camino, tan lleno de abrojos,  
las persecuciones de los poderosos  
ni el desprecio de los ignorantes.

Ellos tienen como por divisa esta valiente estrofa de Andrés A. Mata.

La vida es lucha perennal. La gloria  
se alcanza entre el fragor de la pelea;  
si dudas, gladiador, de la victoria,  
no aguardes compasión y tu memoria  
para siempre jamás, maldita sea!

Sigue cantando de idéntica manera, los triunfos de la ciencia y los fueros de la razón, una pléyade de poetas, que sería prolijo citar, dada la índole de nuestro trabajo y el objeto que nos proponemos.

Diógenes A. Arrieta que como filósofo y como político supo inspirarse en las lecciones del pasado, como gobernante y como soldado luchó en las grandes batallas de nuestros días, y como vate inspiradísimo, como orador sublime vislumbró en los rozados léjos la risueña aurora de lo porvenir. Fué el poeta más pensador que haya producido la Gran Colombia. Sus poesías leídas y estudiadas por todos los amantes de la literatura,



puede decirse que son—para valernos de la frase de Rojas Garrido—trascendentales.

Como el periódico, como la cátedra y como la tribuna, fué la lira de Arrieta poderosa arma de combate en defensa de los principios de la moderna filosofía. Amante fervoroso de la ciencia, fué la ciencia su musa favorita, y así escribió.

#### EN LA MEDIA NOCHE

Majestuosa la luna señorea  
 el ancho firmamento:  
 hermosos, rutilantes como soles  
 alumbran los luceros:  
 las nubes cuelgan de los altos montes  
 un misterioso velo:  
 las copas de los árboles se mecen  
 con tardo movimiento:  
 escúchanse á distancia los latidos  
 del vigilante perro,  
 fiel centinela que del amo guarda  
 el descansado sueño.  
 Ninguna voz humana se percibe  
 en medio del silencio  
 las voces y el martillo del trabajo  
 también enmudecieron,  
 de una lámpara el rayo persistente

divísase allá lejos,  
 la lámpara del sabio que trabaja  
 y vela en el silencio.  
 Obrero de la ciencia que investigas  
 tantos hondos misterios,  
 ¡Tú que trabajas mientras todos duermen,  
 tu llegarás al puerto!

Como tributo rendido á la sabia  
 Naturaleza, Arrieta que estaba ple-  
 namente convencido de que cuan-  
 to el orbe encierra está sometido  
 á sus inmutables leyes, expuso en  
 cortos versos las ideas que tenía á  
 cerca de la

### RESURRECCIÓN

Secas las hojas, van las bellas ramas  
 desnudas á quedar;  
 más presto Primavera, madre amante  
 volverá presurosa, y al instante  
 las ramas sus follaje vestirán.  
 Vendrá el Verano y las parleras fuentes  
 en polvo tornarán;  
 más presto del Invierno los raudales  
 fecundando los secos manantiales  
 al cauce la corriente volverán.  
 ¡Muere el hombre y no torna á levantarse!  
 ¡Y nunca volverá!

Resucitan las fuentes y la plata.

más el que dijo á Lázaro: ¡Levanta!  
no ha vuelto en los sepúlcros á llamar.

De acuerdo con la misma doctrina que se desprende de «Resurrección» y no esperando nada más allá de la tumba exclama:

Otros aliente la creencia vana  
de que es posible á la esperanza humana  
de la muerte, sacar vida y amor,  
Si es cruel la verdad, yo la prefiero:  
me duele el corazón, pero no quiero  
Consolar con mentiras mi dolor.

Y no se diga que Arrieta no sabía sentir. Oidle como llora la muerte de su hija Zoraida.

Oh pájaros piadosos que en medio de la noche  
Las tumbas visitando vagáis por el panteón;  
Oh, brisa que acaricias las ramas de los sauces  
Y formas en sus hojas un lánguido rumor;  
Hacedla á mi Zoraida perenne compañía!  
Hacedle menos triste su eterna soledad!  
En tanto que yo busco consuelos imposibles  
Para la triste madre que llora sin cesar....

La más hermosa terminación que pudiéramos poner á este homenaje al insigne apóstol de la libertad en Colombia y Venezuela, es el parangón que hace Vargas

Vila entre los tres grandes poetas Colombianos. Hele aquí;

.....  
 «Tres bardos hay en Colombia que representan tres estados del pensamiento nacional; tres momentos psicológicos, tres épocas de la conciencia patria. En sus libros se hace el viaje de la sombra hacia la luz.

José Joaquín Ortiz, Rafal Núñez y Diógenes A. Arrieta.

El uno es la fé; el otro la duda; el otro la negación.

Del misticismo al panteismo la escala es completa.

Ortiz es creyente y austero como el Dante; Núñez es Montaigne haciendo versos; Arrieta es Lucrecio, más luminoso, más artista.»

.....  
 En la fuerza de su edad, cuando se preparaba á dar á la luz pública obras que deja ineditas y que, como todas las suyas, producirán un verdadero acontecimiento lite-

rario, bajó á la tumba víctima de una parálisis fulminante, dejando en pos de su partida un vacío difícil de llenar, una honorable y distinguida familia y multitud de discípulos que sabrán honrar la memoria del maestro, continuando su obra, hasta ver imperando en las sociedades las sanas leyes que involucran las tres santas palabras:

Libertad Igualdad y Fraternidad.







## APÉNDICE

---

Ha muerto Diógenes A. Arrieta á la edad de 49 años.

Su vida fué corta pero brillante. Colombia que meció su cuna se honra con ser la patria del gran muerto; Venezuela que ha visto desaparecer al gran apóstol, llora su muerte y vela su sepulcro. Los altos cargos que en ambos Estados desempeñó lo han hecho acreedor á la gratitud de aquellos pueblos.

### FUÉ EN COLOMBIA

*Doctor en derecho.*

*Profesor de Filosofía.*

*Senador.*

*Diputado al Congreso Nacional.*

*Diputado á la Legislatura de Cundinamarca, la que presidió.*

*Diputado á la Legislatura de Santander.*

*Secretario de Estado en Cundinamarca.*

*Secretario de Instrucción Pública en Santander.*

*Agente Confidencial en Suiza.*

*Secretario de Legación en Carácas.*

*Encargado de Negocios en Carácas.*

#### FUÉ EN VENEZUELA

*Diputado al Congreso Nacional.*

*Ministro de Fomento.*

*Miembro de la Academia de la Historia.*

#### FUÉ COMO PERIODISTA

*Fundador y Director de LA POLÍTICA, en Bogotá.*

*Fundador y Redactor de LA POLÍTICA VENEZOLANA, en Curaçao.*

*Redactor de EL SIGLO, en Carácas.*

SUS OBRAS SON  
EL CONGRESO COLOMBIANO DE  
1788.

POESÍAS.

ENSAYOS LITERARIOS.

DISCURSOS PARLAMENTARIOS.

COLOMBIANOS CONTEMPORÁNEOS.

LA REGENERACIÓN.

DR. JUAN PABLO ROJAS PAUL.

HOJAS SUELTAS.

Deja además cerca de treinta volúmenes inéditos.

Siendo colombiano Arrieta, era de esperarse que otro colombiano dijera «la última palabra» sobre su tumba. Á Vargas Vila, su compatriota, su discípulo y su amigo le tocó esa honra. Ninguno más autorizado para ello.

Era Arrieta como Vargas Vila, radical; y ante la tumba de un radical nadie puede hablar con más derecho que otro radical.

Era Arrieta libre-pensador, y ante la tumba de un libre pensador solo podía dejarse oír la voz de

otro libre-pensador, tan gallardo, tan enérgico y tan convencido como el muerto mismo.

Los sicarios del ultramontanismo huyeron llenos de pavor al oír la palabra de Vargas Vila, anatematizando, en nombre del Progreso, á los apresores de Colombia y á los verdugos de la conciencia nacional.

Terminemos haciendo nuestras estas sublimes palabras del orador.

«¡Oh, muerto ilustre!

Duerme en paz al calor de una tierra amiga, á la sombra de una bandera gloriosa, lejos de aquel Imperio Monacal que nos deshonra. Duermes aquí en tierra de libres. Tu tumba será sagrada. Aquí no vendrán en la noche silenciosa los lobos del fanatismo á ahullar en torno á tu sepulcro, hambrientos de tu gloria; chacales místicos no rondarán tu fosa, y las hienas, las asquerosas hienas, no



vendrán á profanar tu tumba desenterrando tus huesos para hacer con ellos el festin de su venganza.

¡Duerme tranquilo, has muerto en una patria en que sería glorioso haber nacido!

¡Descansa, oh mi Maestro! Oh, mi amigo!

¡Duerme para siempre!»

«Los muertos como tú no se despiertan; ni escuchan la trompeta del Arcángel; ni acuden á la cita final en Palestina.»

«Sobre tumbas como la tuya, donde la luz impide que germine la beatífica flor de la quimera, no se detiene el Cristo mítico, ni entreabre su floración de sueños el milagro.»

«Nadie los llama á juicio.

Tu lo dijistes:

*Aquel que dijo á Lázaro: ¡Levanta!*

*No ha vuelto en los sepúlcros á llamar.*

No llamará en el tuyo.

¡Duerme en paz!»

Santa Cruz de Tenerife Octubre de 1897.



# ÍNDICE

---

|                              | <u>Páginas</u> |
|------------------------------|----------------|
| Dedicatoria. . . . .         | 3              |
| Epígrafe. . . . .            | 5              |
| Diógenes A. Arrieta. . . . . | 7              |
| El Político . . . . .        | 17             |
| El Orador . . . . .          | 49             |
| El Poeta. . . . .            | 67             |
| Apéndice . . . . .           | 83             |

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA  
BIBLIOTECA



\* 6 6 0 4 5 3 8 4 8 9 \*